

UTANDE

Para llegar a Utande desde Guadalajara se toma la A-2, en dirección Barcelona, y, una vez sobrepasado Trijueque, se gira a la derecha por la C-1000, dejando el desvío de Muduex a la izquierda, sorprendidos por el fuerte contraste entre la ocre aridez de los cercanos y desnudos taludes y el verdor de las arboledas asentadas en la inmediata ribera, 4 km más adelante llegamos a la localidad. El casco urbano del pueblo descansa sobre un pequeño montículo que preside estratégicamente el lugar en que el pequeño arroyo Valdeiregua, que desciende desde la vecina Villanueva de Argecilla, vierte sus aguas incrementando el caudal del río Badiel.

Con esta misma denominación, Utande, aparece ya en la primera referencia histórica con que contamos de la localidad: la dotación de un maestro de Gramática, levantada en Atienza a finales de octubre de 1269. El origen de dicho vocablo se ha vinculado con la raíz latina *octavum*, que significaría "punto octavo de una calzada romana", a la que se le añadiría el sufijo *-randa*, que tiene el valor de "límite". Su nombre, en definitiva, quedaría desde sus inicios condicionado por la ubicación de su emplazamiento en las inmediaciones del trazado por el que transitaría la antigua vía romana que ponía en comunicación *Eméríta Augusta*, la actual Mérida, con *Caesaraugusta*, la Zaragoza actual.

Otras interpretaciones plantean que también pudiera derivar de la raíz *altellu*, que haría referencia a su peculiar disposición sobre un "altozano". Sin desdeñar tampoco aquellas que proponen un nexo etimológico de su topónimo con la raíz hídrica *uda* o *udda*, que paulatinamente se transformara en *uta* o *utta*, y de ésta al Utande definitivo, que le dotaría de una primitiva denominación vinculada al agua, que en Levante se ha aplicado para el caso de Uriel, en la provincia de Valencia.

Una vez culminado el tortuoso proceso de pacificación de la comarca, tras ser reconquistada la capital alcarreña a finales del siglo XI, la población pasó a quedar integrada en el recién creado Común de Villa y Tierra de uno de los principales polos repobladores de la llamada "Extremadura Castellana", Hita. Integrándose también en el ámbito de la jurisdicción eclesiástica que detentaba el obispado de Sigüenza, como bien atestigua su reseña, en esta ocasión como *Hutande*, en la Estadística de todas las iglesias que había en la Diócesis, elaborada desde comienzos del siglo XIV, y concluida en 1353,

Entrado ya el siglo XIV quedó definitivamente eximida de su condición de aldea de realengo, sometida al feudal imperativo de su villa cabecera, para pasar a ser lugar de señorío, engrosando las posesiones que constituían el mayorazgo del noble alcarreño don Íñigo López de Orozco. Una vez fallecido este caballero, sería su hija quien pasara a ejercer como cabeza del linaje, y fugaz poseedora de su señorío. Del cual quedará definitivamente desligado el lugar de Utande en 1375, al concertar su venta la nueva señora con don Juan Meléndez. Corto fue también el periplo seguido por la localidad en manos de dicho señor, pues la vendió a don Pedro González de Mendoza. Ese mismo año sellaba el lugar su incorporación definitiva al mayorazgo principal de la que habría de convertirse en la más influyente familia del reino, la familia Mendoza. Herencia que, con el tiempo, caería en manos de su primogénito, el almirante de Castilla, y constituiría el núcleo fundacional de la futura casa del Infantado, que, primero como condes, luego como duques, ejercerían su dominio sobre este vecindario durante toda la Edad Moderna.

Durante dicho período gozó la localidad de la presencia de dos insignes viajeros: por una parte Juan Bautista Lavanha, profesor matemático, cosmógrafo y geógrafo portugués, que ejerció como titular de la Academia de Matemáticas, Arquitectura civil y militar en la corte de Felipe II, alcanzando tan alto predicamento que consiguió del propio monarca, ser nombrado Cos-

mógrafo mayor del reino. Los diputados del reino de Aragón, advertidos de su pericia, decidieron encargarle la ejecución, sobre el terreno, de un mapa del antiguo Reino de Aragón, cometido para el que emprendió viaje desde Madrid a fines del mes de octubre de 1610. Una vez llegado a Guadalajara, y superados Torija y Trijueque, dejando a su paso Taracena y Valdenoches, se aventuró hacia el valle del río Badiel, describiéndonos como sigue su llegada a Utande, en su obra *Itinerario de Aragón*: "...de Trijueque a Gayáneyos, dos leguas y media. Todo este camino es llano, por lo alto de una montaña, y en lo más elevado y áspero está Gayáneyos, lugar de 100 vecinos, del conde de Benavente. Desde él se descubre otra vez el valle por el que pasa el Badiel, mucho más estrecho que lo que se vio de Trijueque y en el Utande, de quien el valle toma el nombre, que dista de Gayáneyos un cuarto de legua. Aquí comí".

Medio siglo más tarde se verían sus calles sorprendidas por la tumultuosa presencia del séquito de nobles, sirvientes y artistas que acompañaron al príncipe Cosme III de Medicis, heredero del gran ducado de Toscana, durante el transcurso del viaje que emprendió por España y Portugal, desde septiembre de 1668 hasta octubre de 1669. Singular testigo del acontecimiento fue su embajador en Viena, el conde Lorenzo Magalotti, que nos legó el siguiente relato de sus curiosas impresiones sobre un hecho tan significado:

"Al fondo está Utande, pueblo de la casa del Infantado ramo de Pastrana. El territorio de Utande es bastante bueno y se lleva a medias entre el señor y los lugareños. No así el de Villar cuyas tierras pertenecen todas a los habitantes y ninguna al señor; pero no son tan fértiles como las de Utande. El pueblo paga el 20 por ciento al Rey. No hay perdices, ni conejos, ni liebres a causa de una nevada de dos años antes que tuvo la tierra cubierta de nieve durante cincuenta días".

Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción

LA IGLESIA PARROQUIAL DE UTANDE se encuentra ubicada en uno de los márgenes del núcleo urbano de la localidad, próximo a su plaza mayor, dominando sobre un pequeño promontorio la cercana vega en la que confluye el arroyo de Valdeiriega con el río Badiel.

El edificio, alzado sobre muros de mampostería, constituye un ejemplo de claros fundamentos arquitectónicos vinculados a la clásica traza propia del románico rural de la época de repoblación, similar a otros restos cercanos ubicados en la comarca, como Padilla de Hita, o, más concretamente, la contigua Muduex. Patrón original, que al igual que sucedió con las mencionadas muestras vecinas, se vio sometido con posterioridad a diversas modificaciones, llevadas a cabo sobre todo en los siglos XVI y XVII, que han desvirtuado en gran medida su primitiva concepción.

Su antigua fábrica románica quedaría definida por una sola nave longitudinal, completamente alterada en la actualidad, que se prolongaría hasta la cabecera, compuesta por la combinación de dos elementos característicos: ábside y presbiterio, junto al precedente arco triunfal, que constituyen los vestigios más representativos de la primera fase constructiva de la iglesia, situada entre los siglos XII y XIII,

en plena expansión de la arquitectura románica durante el proceso de consolación repobladora de la comarca. A partir de este núcleo primigenio se abordaron el conjunto de transformaciones que en su mayor parte se llevaron a cabo entre finales del siglo XVI y principios del XVII.

En el exterior de la parroquial, el sólido armazón del ábside constituye la estructura más significativa que pervive de lo que debió de constituir su primitivo diseño: constreñido en la actualidad entre la torre campanario adosada al muro septentrional y la estancia destinada a sacristía que descansa sobre su muro meridional. Su traza de planta semicircular se proyecta en altura,alzada sobre gruesos muros de mediano sillarejo. Tres reducidas ventanas aspilleras debieron de constituir en un principio la única brecha capaz de horadar tan sólido paramento y proporcionar al oscuro altar de la nave la luminosidad necesaria. Tan sólo la ubicada en el eje central del mismo conserva ahora su tipología (reducido rectángulo rematado por arco semicircular), orientación (abierto a oriente) y abocinamiento interno inicial. De los dos restantes, el dispuesto en el muro meridional se ha ampliado hasta guardar una disposición mucho más ancha y completamente cuadrada,



Vista del muro sur

Cabecera



Ábside



alejada por completo del modelo descrito del que partió. Su opuesta del lado septentrional ha quedado cegada por el muro del campanario. En la parte superior corona el muro la clásica cornisa de piedra, soportada por una cadena de canchillos, exentos en su mayor parte de decoración, y en gran medida deteriorados.

Tras el ábside descrito, nos topamos con elementos que forman parte de la reforma casi completa a que fue sometida la iglesia durante el siglo XVI. Durante el transcurso de la misma la única nave primigenia se amplió hasta las tres existentes, ubicando a ambos lados de la cabecera, y justo en el límite marcado por las naves laterales, dos de las dependencias externas más reseñables de dicha intervención. Al Sur, la sacristía levantada sobre muros también de sillarejo cubiertos por cúpula de cielo raso, y en el opuesto muro septentrional de la cabecera, el campanario. Esta torre, de planta cuadrada y de factura tardía, resultado de las descritas ampliaciones, está articulada en tres cuerpos superpuestos, uno inferior, de mayores dimensiones y elaborado también en sillarejo, que soporta los dos superiores, de regular sillería, ubicándose en el último amplios vanos en cada uno de sus lados, que cobijan las preceptivas campanas.

En el muro meridional de sillarejo, levantado también durante la reforma renacentista, se abre el acceso principal. Precedida por un atrio cubierto por armadura de madera y soportado por austeras columnas renacentistas, encontramos la sobria portada que permite el ingreso al interior de las naves. La estructura está coronada por un arco semicircular adovelado, carente de motivo decorativo alguno, que apea directamente sobre sus jambas, sin otra intercesión que sendos bocelos laterales, que a modo de escueta cornisa marcan la imposta y rematan en airosos ábacos, de perfil cóncavo e igualmente lisos, desprovistos, como el resto del conjunto, de ornamentación reseñable.

Una vez superado el sencillo y elegante portal, ubicados ya en el interior del templo, abren ante nosotros hacia la cabecera las tres naves que constituyen el cuerpo central del edificio. La nave central, más ancha, junto a las contiguas naves laterales, fueron en su totalidad definidas durante las numerosas reformas emprendidas en época moderna. La nueva traza articula las tres naves resultantes en tres tramos, definidos por las pilastras corintias empleadas como soporte y la arcada compuesta por arcos carpanel, en la central, y de medio punto, en las laterales, que las abrochan. Entramado estructural sobre el que descansan las distintas fórmulas que se aprecian en las cubiertas: mientras la nave central se cierra con bóveda de medio cañón afianzada con lunetos, las laterales, por contra, se resuelven con bóvedas rebajadas. El conjunto se muestra cubierto por completo con yeserías modernas, que han

sido definidas como "de inspiración clásica". En el último tramo de la nave central, ubicado a los pies del templo, se sitúa el coro, soportado por un complejo entramado compuesto por dos arcos de medio punto externos, que reposan sobre pilastras, unidos por un arco carpanel central. En definitiva constituye una original y audaz reproducción a menor escala de la pauta general adoptada para la composición de las propias naves.

El enlucido de yeserías envuelve también al arco triunfal de medio punto, recercado en la parte superior por una doble moldura. La arcada se erige así en necesario transepto que actúa de simbólico límite entre el reformado bloque de las naves y el vestigio arcaizante de su cabecera, que, al igual que el propio arco, permite vislumbrar en su desvirtuada tipología la clara reminiscencia de su origen románico. La ornamentación se adapta igualmente tanto a los muros del presbiterio, abovedado con tramo de cañón, como al interior del ábside, coronado con el clásico cuarto de esfera.

Bajo las mencionadas cubiertas de su cabecera, y en los amplios y blancos paramentos de sus naves laterales, se hallan dispersos los escasos y no muy significativos elementos escultóricos con que se adornan los muros de la parroquia: una moderna representación de la Inmaculada Concepción, ubicada tras el altar, y otra serie de esculturas, todas ellas de reciente ejecución, dispuestas a ambos lados de sus naves. Junto a los mencionados elementos, destaca la pila de agua bendita con que nos topamos a nuestra izquierda, una vez superada la puerta, tallada en piedra y jalonada por arcaizantes gallones. Al igual que su pila bautismal ubicada al pie, junto al coro, es obra del siglo XVI articulada en seis paños y ornamentada con definidos relieves en los que se suceden motivos tan variados como una columna con gallo y palo de esponja o la propia y simbólica corona de espinas. Manifestaciones que integran en su conjunto los componentes más reseñables del reducido patrimonio mueble que en la actualidad nos ofrece la iglesia.

Texto y fotos: VMRR

Bibliografía

- AZCÁRATE, J. M. de, 1983, II, pp. 297-98; CORTÉS ARRESE, M., 1998, p. 59; GARCÍA LÓPEZ, J. C., 1899, (1906); HERRERA CASADO, A., 1989, pp. 385-86; MADOZ, P., 1845-1850 (1987), II, pp. 426-27; MINQUELLA Y ARNEDO DE LAS MERCEDES, Fr., T., 1910-1912, I, p. 604 y II, p. 334; MIÑANO, S. de, 1826 (2001), II, p. 636; NIETO TABERNÉ, T., ALEGRE CARVAJAL, E. y EMBID GARCÍA, M. A., 1991, p. 493; OLEA ÁLVAREZ, P., 1998, pp. 121, 161; RANZ YUBERO, J. A., 1996, p. 264; RANZ YUBERO, J. A., 2007, pp. 162-63; RUIZ MONTEJO, I., FRONTÓN SIMÓN, I. y PÉREZ CARRASCO, F. J., 1992, p. 243; VILLAR GARRIDO, J. y VILLAR GARRIDO, A., 2006, 122-123, 157.